

PAUL
CHRISTOPHER

LA
CONSPIRACIÓN
TEMPLARIA

bóveda

Título original: *The Templar Conspiracy*

Primera edición: 2017

© Paul Christopher, 2011

Published in agreement with the author, c/o BAROR
INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

© traducción: Alejandro Pareja, 2017

© de esta edición: Bóveda, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-34-0

Depósito legal: SE. 143-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE OBERTURA

1.....	11
2.....	21
3.....	31
4.....	38
5.....	52
6.....	62
7.....	71
8.....	81
9.....	90
10.....	94
11.....	103
12.....	109
13.....	116
14.....	125
15.....	132
16.....	144
17.....	149

SEGUNDA PARTE TEMA

18.....	159
19.....	168

20.....	178
21.....	187
22.....	197
23.....	206
24.....	215
25.....	224

TERCERA PARTE
INTERLUDIO

26.....	237
27.....	248
28.....	256
29.....	263
30.....	278

CUARTA PARTE
FINAL

31.....	287
32.....	295
33.....	300
34.....	308
35.....	314
36.....	320
37.....	329
38.....	338

PRIMERA PARTE

OBERTURA

ERA EL DÍA DE NAVIDAD Y EN ROMA ESTABA NEVANDO. La nieve era poco frecuente por allí, pero a él no lo había tomado por sorpresa. Llevaba diez días siguiendo las previsiones meteorológicas. Siempre convenía estar preparado.

Su pasaporte estadounidense estaba a nombre de Hannu Nancock, hijo de madre finlandesa y padre estadounidense y natural de Madison, estado de Wisconsin, donde su padre era profesor universitario y su madre regentaba una tienda de artesanías finas. Hancock tenía cuarenta y seis años; había cursado los estudios secundarios en el instituto East High, y había obtenido después la licenciatura y un máster en Agronomía en la Universidad de Wisconsin-Madison. Ahora ejercía de biólogo especializado en la conservación del suelo, y era asesor itinerante en la misma especialidad para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Hancock había estado casado tres años con una joven llamada Janit Ferguson, que había muerto de cáncer de pulmón. No habían tenido hijos, y él no se había vuelto a casar.

Nada de esto era cierto. Ni siquiera los que lo habían contratado sabían quién era él en realidad. Solía viajar con varios pasaportes, cada uno con un nombre distinto, acompañado de su respectiva biografía detallada. Guardaba los pasaportes, y mucho dinero, en una caja de seguridad de la Banque Bauer de Ginebra. Tenía en reserva algunos pasaportes más y una segunda hucha en un banco de Nassau, en las Bahamas, donde poseía, además, una casa relativamente pequeña en cayo Lyford (su vecino más próximo era Sir Sean Connery), así como un trastero en Carmichael Road, camino del aeropuerto. Cuando terminaba un trabajo solía dirigirse a la casa de las Bahamas. También en este caso terminaría por volver allí, pero le habían pedido que se quedara disponible para hacer otro encargo en Roma en algún momento durante los seis días siguientes.

No había pensado ni por un instante en la posibilidad de fracasar, ni se había planteado la gravedad de la primera tarea para la que lo habían contratado. Él no fracasaba nunca; no cometía errores nunca. No sabía siquiera lo que era el remordimiento. Algunos lo habrían calificado de sociópata; pero no lo era. No era más que un hombre dotado de un talento singular, que ejercía su trabajo con gran eficiencia. Para él, las motivaciones y la valoración moral de su tarea eran asunto de los que le pagaban. Él no se consideraba más que un técnico, un agente que cubría las necesidades de los que lo contrataban.

Hancock caminaba por el Corso Vittorio Emanuele II bajo la leve nevada. Consultó su reloj. Eran las seis y media de la mañana, y todavía era de noche. Faltaba una hora y cuatro minutos para que amaneciera. Tenía tiempo de sobra. Llevaba un plumífero blanco que se había comprado en Ginebra, unos pantalones vaqueros de una tienda de ropa *vintage* de Nueva York, y unas zapatillas deportivas de caña alta procedentes de



una tienda de Paddington, en Londres. Llevaba al hombro una mochila gris clara, y portaba bajo el brazo una caja larga, de las que se suelen emplear para enviar rosas de tallo largo, envuelta a modo de regalo navideño. Le cubría el pelo negro un pasamontañas blanco de esquí, recogido en forma de gorro.

En el transcurso de su paseo no había visto prácticamente a nadie, salvo a unos pocos taxistas, y los cafés, los bares y las pequeñas pizzerías de las calles tenían los cierres metálicos echados. Se debía en parte a la nieve caída, poco común, y en parte también a la fecha. La mayoría de la gente estaría en casa con sus seres queridos, y los más religiosos estarían preparando el desayuno para dirigirse después a la Plaza de San Pedro y asistir a la bendición apostólica del papa, que tendría lugar a mediodía.

Hancock llegó a la estrecha Via dei Filippini y entró por ella. Había coches aparcados en batería en el lado derecho, y solo había espacios disponibles para el gran edificio de viviendas del siglo XIX del lado izquierdo de la calle. El pequeño DR5 alquilado de Hancock estaba donde lo había aparcado la noche anterior. Siguió por la calle estrecha hasta que llegó a una puerta negra anónima en el lado derecho de la calle. Abrió la puerta con la llave antigua que le habían proporcionado, y entró.

Se encontró en un zaguán pequeño y oscuro. Tenía ante sí una escalera de caracol de hierro forjado. Empezó a subir y, tras dejar atrás varios rellanos, llegó a lo más alto. Había un pasillo de piedra a la derecha, y Hancock lo siguió. El pasadizo daba varias revueltas y terminaba en una de las galerías altas del coro.

Observó desde allí la parte central de la iglesia, que se dominaba desde una altura de veinticinco a treinta metros. Estaba desierta, como era de esperar. Aquella mañana, la mayoría

de las iglesias de Roma, grandes y pequeñas, estarían vacías. Todos los fieles de la ciudad acudían a San Pedro, apresurándose para encontrar un buen sitio próximo a la *loggia* principal de la iglesia, cerca de donde el papa impartía sus alocuciones más importantes.

A la izquierda de la galería del coro había una puerta estrecha. Hancock la abrió y se encontró ante una escalera de madera, empinada, con baranda con remates en espiral. Subió los escalones con paso regular hasta que llegó a lo más alto de las escaleras y a la pequeña cámara superior. El suelo de esta cámara era de gruesas tablas de roble de Cerdeña, ennegrecidas por el tiempo, y las paredes eran un amasijo complicado de vigas y tirantes curvos de la misma madera, muy semejante al armazón de un navío de la Armada Invencible española, lo cual no era de extrañar, pues esto lo habían construido a finales del siglo XVI los mejores carpinteros navales de Liguria.

Este entramado sostenía la pesada cúpula exterior de ladrillo, gracias a lo cual la cúpula interior, mucho más liviana, podía ser apreciablemente más alta de lo habitual para las iglesias de aquella época. Una sencilla escalera de madera, con barandas a ambos lados, ascendía siguiendo la curvatura de la cúpula hasta llegar al pie de una pequeña linterna o torrecilla redonda que remataba la cúpula.

Hancock siguió subiendo hasta llegar a lo más alto de la cúpula, y siguió por una escalera de caracol estrecha que ascendía por el interior de la linterna. Consultó su reloj. Todavía faltaban cuarenta minutos para que empezara a salir el sol. Soltó el pesado paquete y se despojó de la mochila. Había tardado once minutos desde la puerta exterior de la Via dei Filipini hasta la torre. Calculaba que el viaje de vuelta no le llevaría más de siete minutos, ya que bajaría en vez de subir y no tendría que portar aquella carga adicional.



Lo primero que hizo Hancock fue sacar un par de guantes de cirujano y ajustárselos. A continuación, extrajo del bolsillo lateral de la mochila un sándwich de huevo frito envuelto en papel encerado y se puso a comer deprisa, procurando con meticulosidad que no cayera ninguna miga en el suelo de piedra. Mientras comía, oteó la ciudad. Caía la nieve con más fuerza; seguramente bastaría para cubrir las huellas que había dejado por el callejón hasta la puerta de entrada, pero sin ser tan densa como para quitarle visibilidad. Terminó el sándwich; dobló cuidadosamente el papel encerado y se lo guardó en el bolsillo del plumífero.

Ajustó la alarma de su reloj para que sonara a las once y media; se cubrió el rostro con el pasamontañas tipo máscara para conservar el calor y se tendió en el suelo. A los tres minutos ya se había sumido en un sueño ligero, sin llegar a soñar.

El pitido de la alarma lo despertó cuando eran exactamente las once y media. Antes de ponerse de pie, abrió de nuevo la mochila y sacó un traje blanco de protección de Tyvek, que lo cubría desde el cuello hasta los tobillos, sin ceñirse al cuerpo. Tardó poco en ponérselo. Seguía nevando levemente, y, con el traje y el pasamontañas blanco, resultaría invisible sobre el fondo difuso de aquel cielo navideño cubierto.

Hancock se inclinó sobre la mochila y sacó un aparato muy parecido a una cámara de vídeo digital. Se puso de pie y, mirando por el visor, oteó el horizonte por el cuadrante noroccidental, al otro lado del Tíber. La distancia exacta seguía siendo de 1 199,36 metros; pero él quería comprobar la fuerza y la dirección del viento. En vista de que la nieve caía en vertical, había supuesto que no había prácticamente nada de brisa; pero el visor Leupold era tan sofisticado que detectaba las corrientes de aire ocultas y era capaz de calcular una línea balística que tenía en cuenta la diferencia de alturas ente el blanco y él.

Aquello tenía importancia, pues la linterna de la cúpula de la Chiesa Nuova estaba más de noventa metros más alta que el blanco, situado más allá del Campo Marzio y en la otra orilla del río.

Hancock se inclinó de nuevo y dejó el visor en la mochila. Acto seguido, empezó a desenvolver el paquete navideño, plegando cuidadosamente el papel de regalo rojo y dorado antes de deslizarlo en la mochila. Levantó la tapa de la caja y dejó al descubierto las piezas de un rifle estadounidense de francotirador CheyTac Intervention del calibre .408, que Hancock consideraba la mejor arma de su clase que se había creado nunca. Enroscó el freno de boca y parallamas de acero inoxidable; deslizó en su zapata la mira telescópica fabricada por U. S. Optics y desplegó de la culata el culatín que se ajustaba al hombro. Por último, introdujo el cargador de siete cartuchos en su ranura del guardamanos.

Era un rifle mucho más grande de lo normal. Montado, medía un metro y treinta y siete centímetros. Tenía un bípode incorporado en la parte delantera y un pie telescópico extensible situado bajo el centro de gravedad del rifle. Hancock no usó ni el uno ni el otro. Sacó de la mochila un apoyo hecho a la medida y lleno de arena y lo dispuso sobre los sillares superiores del parapeto de piedra de la torre.

Apoyando una rodilla en tierra podía encarar el objetivo casi con toda exactitud. Consultó el reloj. Las doce menos cinco. La cosa no tardaría. Sacó de la mochila su radio portátil por satélite Pioneer Inno y se puso los auriculares. Tenía sintonizada la CNN, que transmitiría la bendición apostólica en directo, como tenía por costumbre la cadena todos los días de Navidad.

Según el comentarista, se habían reunido en la Plaza de San Pedro más de sesenta mil personas que querían recibir la

indulgencia plenaria de sus pecados. Hancock había cronometrado las cuatro últimas bendiciones *urbi et orbi* y sabía que no contaría con más de un minuto y diez segundos para localizar al objetivo y hacer el disparo. A las doce menos dos minutos surgió de la plaza una inmensa aclamación. Hancock dejó caer la radio en la mochila y adoptó la posición de disparo, apoyando en la almohadilla de arena el cañón del fusil, justo por detrás del freno de boca. Hizo girar la rueda de la mira telescópica hasta que saltaron dos clics, y apareció ante su vista la zona del blanco, la *loggia* o balcón central de la basílica de San Pedro.

Acompañaban a Su Santidad en el amplio balcón ocho personas más: dos obispos con vestiduras y mitras blancas; dos sacerdotes con casullas blancas y cuellos rojos; un técnico de sonido con un micrófono de jirafa; un cámara; el fotógrafo oficial del Vaticano, Dario Biondi, y un cardenal veterano que sostenía el gran portafolios blanco y dorado que contenía el texto de la bendición.

En el centro del grupo estaba el papa en persona, sentado en un solio rojo y dorado, con un báculo también dorado en la mano izquierda. Llevaba vestiduras blancas y doradas y una mitra a juego, también blanca y oro. Tras el solio, Hancock apreció entre las sombras del balcón la presencia de algunos miembros, apenas visibles, de la Vigilancia, las fuerzas de seguridad de la Ciudad del Vaticano.

Por fin, vio por la mira telescópica que el pontífice empezaba a mover los labios, pronunciando las primeras palabras de la breve bendición: «*Sancti Apostoli Petrus et Paulus: de quorum potestate et auctoritate confidimus ipsi intercedant pro nobis ad Dominum*».

Una bandera papal que colgaba del balcón se agitó levemente movida por un ligero sople de viento, y Hancock hizo

un ajuste minúsculo a la mira. Bajo el balcón, la gran multitud, invisible e inaudible, pronunciaba al unísono la respuesta de rigor: «Amén».

Habían pasado quince segundos.

Hancock rodeó el gatillo con el dedo enfundado en el guante de látex, mientras el papa empezaba a pronunciar el segundo párrafo: «*Precibus et meritis beatae Mariae semper Virginis, beati Michaelis Archangeli, beati Ioannis Baptistae, et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli et omnium Sanctorum misereatur vestri omnipotens Deus; et dimissis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Iesus Christus ad vitam aeternam*».

Habían pasado veinticinco segundos.

Campo de visión despejado; perfil de tres cuartos; no era el ángulo ideal para el trabajo, pero bastaría.

La multitud volvió a responder: «Amén».

Habían pasado treinta segundos. Hancock vio claramente por la mira telescópica que el papa tomaba aliento antes de emprender el tercer párrafo de la bendición. Su último aliento.

Hancock disparó.

El proyectil de siete centímetros de largo, con forma de misil y punta aguda, salió del rifle a una velocidad de mil veinte metros por segundo y recorrió la distancia que separaba a Hancock del papa en poco más de un segundo y medio.

Hancock esperó a ver el impacto, que alcanzó al pontífice en pleno pecho, le destrozó la pared torácica y derribó el solio, que cayó hacia atrás por la puerta del balcón. Seguro de haber abatido a su objetivo primario, Hancock vació las seis balas del cargador barriendo el balcón, con intención de sembrar el caos y la máxima confusión posible. Lo consiguió.

Una vez realizada la tarea, bajó el rifle y lo depositó en el suelo de piedra de la torre. Dedicó unos momentos a recoger todos los casquillos de latón y a quitarse el traje de Tyvek. Se



guardó los casquillos en el bolsillo del plumífero, metió el traje de Tyvek en la mochila y, acto seguido, se sacó del bolsillo del pantalón una bolsita de plástico transparente.

La bolsita de plástico y su contenido se la había enviado el que lo había contratado, acompañada de las instrucciones pertinentes. Abrió la bolsa de cierre zip hermético y dejó caer su contenido en el suelo de piedra. La moneda de oro macizo relució a la fría luz invernal.

Cuando Hancock recibió la moneda, había hecho una reproducción de su imagen y había consultado con ella a un experto numismático. Era una moneda auténtica datada en el año 1191. La figura que aparecía sentada en el centro de la pieza estaba rodeada de un texto que decía: «al-Malik an-Nasir Yusuf Ayyub», nombre de un militar kurdo nacido en la población que ahora se llama Tikrit, en Irak, y al que el mundo occidental conoce por el nombre de Saladino, el hombre que arrebató Jerusalén a los cruzados y derrotó a Ricardo Corazón de León. Después de haber dejado la moneda, se echó a los hombros la mochila y emprendió la bajada de la torre, dejando allí el rifle.

El viaje de vuelta le llevó menos tiempo del que había calculado. Llegó al callejón a los cinco minutos de empezar el descenso y, después de salir por la puerta negra anónima, cerró esta con la llave. A los seis minutos, por delante del plazo previsto, se subió a su coche alquilado y tomó el camino de la Roma Termini, la estación de ferrocarril principal de la ciudad.

Por el camino oyó una sirena tras otra; todas se dirigían al Vaticano, pero nadie se fijó en él para nada. Llegó a la estación de tren a los once minutos del asesinato; tomó uno de los frecuentes trenes del servicio Leonardo Express y llegó al aeropuerto de Fiumicino, donde cogió un vuelo que ya tenía reservado en Baboo, una línea aérea de curioso nombre que ha-

cía servicios de corta distancia con aviones de turbohélice Bombardier Dash 8.

Del asesinato al despegue habían transcurrido cincuenta y cuatro minutos. Por entonces, ni la policía del Vaticano ni la estatal italiana habían establecido siquiera el punto de partida del disparo, ni mucho menos tenían la menor indicación acerca de la identidad del asesino.

El trabajo estaba hecho. El papa había muerto.

Cruzado había comenzado.

